

Recordar, compartir, aprender

Pamplona

Ana Rodríguez Alcántara, 69 años

Alexandra Arenaza, 21 años

COMISIÓN DE BARRERAS

Ana Rodríguez lleva los 69 años de su vida afectada por una poliomielitis que la obligó a usar una muleta de por vida y no le ha impedido hacer una vida normal. Forma parte de una comisión de barreras de Pamplona que indaga los obstáculos con que se enfrentan los discapacitados en las calles de la ciudad

“¿Sabes? Yo siempre he querido escribir un diario pero en cuanto me pongo a ello me quedo en blanco y no puedo”. Ana Rodríguez Alcántara tiene 69 años, la energía de una manada de búfalos y una silla de ruedas con batería recargable. “No sé si te voy a servir de mucho, mi vida no es tan interesante como la de otros”.

Ana es una mujer menuda, menguada por su enfermedad, de hombros anchos y piernas cortas, ojos oscuros, cejas arregladas, nariz puntiaguda y un lunar en la barbilla. Nació en Gaucín, Málaga. A los 8 años se trasladó junto a su familia a Pamplona. Su voz aguda, sin embargo, todavía conserva los ecos de un pasado andaluz, aunque con tintes navarros. La mezcla del ícono pamplonés con el argo andaluz de mente y corazón. Le gusta su tierra. Si pudiera, visitaría su pueblo, pero la poliomielitis que se le diagnosticó a los dos meses de vida no se lo permite. “Ahora lo veo por Internet. Soy un ceporro para aprender, pero argo ya sé. Me mando correos con mi familia y amigos. El otro día tenía 41”. Además, muchas veces no está segura de si una palabra es con b o con v “pero con el ordenador muy bien, porque te sale la rayica roja y ya sé si está bien o no”.

Las gafas de cristales finos terminan en unas orejas bien formadas. El cabello corto tiene un tono anaranjado atrevido y alegre. Cuando habla se agarra las manos y gesticula. El jersey azul oscuro, las perlas de sus lóbulos y el gusto por ir al mercado de los miércoles la perfilan como una mujer presumida. Desde los 12 años ha tenido que estar pegada a una muleta, que no dos. “Por eso me dio vuelta el cuerpo. Si hubiera llevado dos, probablemente habría andado recta”. Las muletas la limitaron, pero no le quitaron las ganas de intentarlo todo. Porque Ana, con la pierna girada, subió en burro, escaló un árbol y cayó a un arroyo cuando la rama se rompió, trabajó durante 27 años subiendo y bajando escaleras para cobrar recibos, salió de fiesta siempre que pudo y aprendió de forma casi autodidacta a leer cuando tuvo que estar atada a una cama con un peso de 5 kilos en la pierna para que ésta le volviera a su sitio. “Mira, cuanto más se empeñaba alguien en que no hiciera una cosa o más me decían que no podía hacerlo, más insistía yo. Y al final lo conseguía. A mí nunca se me ha puesto nada por delante”. Ahora las cosas han cambiado. “Con muletas no veía escalones, pero con la silla no siempre puedo entrar donde quiero”. Por eso está en una comisión de barreras encargada de denunciar los espacios a los que no pueden acceder las personas discapacitadas. “Fuimos por Pamplona y a los sitios donde se podía entrar bien les dábamos un diploma”.

Hace ocho años cuidó de su madre, con demencia senil, y casi al mismo tiempo de que ésta muriera a ella le diagnosticaron cáncer de pecho. Cayó en depresión. Hoy por hoy, se considera una mujer afortunada. “Aquí vivo mu bien. Mi hermano no me quería dejar, me quería llevar a su casa, pero yo eché a tres residencias y me tocó en la mejor. Tengo suerte. Puedo entrar y salir cuando me da la gana y nadie me dice nada, con lo que me gusta estar en la calle”. Y por las pocas veces que no me mira a los ojos para perder la vista en el patio soleado del otro lado del cristal sé que es verdad.

Ana ni se ha casado ni ha tenido hijos. Pero porque no ha querido. “Tuve tres pretendientes y uno de ellos me esperó durante 13 años; después la relación se cortó”. Un día, al llegar a la residencia de un viaje a Madrid, le comunicaron que alguien la había llamado. Cuando consiguió dar con el número descubrió que se



trataba de él. Tenía un nieto que era su vida, pero, en todos esos años, no había conseguido olvidarse de ella. “¿Cómo iba a estar con alguien así? A él no le importaba cuidarme, pero era mejor que se buscara a una que estuviera bien del todo”.

El no haberse casado no hace que se sienta sola. Todo lo contrario. Tiene cuatro sobrinas y tres sobrinos a los que adora. Igual que a sus hermanos y a las mujeres de sus hermanos. Aunque nunca se lo diga. “No somos de estos que están todo el día... ya sabes. Pero siempre que tengo una urgencia sé que ellos están ahí”. Y cuenta el día en que la atropelló un coche en agosto del año pasado. “Porque no me salí de la silla que si no... Volé ni sé los metros. Todo el mundo pensaba que estaba muerta”. Una de sus sobrinas cuidó de ella. “Los chicos que me habían atropellado lloraban, los pobres, no te haces una idea. Luego lo pagaron todo y se portaron muy bien”... a pesar de que fueran por el arcén, a más velocidad de la permitida, atravesaran el paso de cebra sin fijarse que el resto de vehículos estaba parado y el conductor le hubiese cogido el coche a su padre sin que éste supiera nada.

Ana mira a la calle, me comenta el buen día que hace y que una de sus mayores aficiones es la de leer. Una señora pasa por su lado en otra silla de ruedas mientras me acompaña a la salida. “¿Y esta chica quién es? ¿Tu sobrina?”. Ana acelera, como en una carrera de sillas por los pasillos de la residencia, y contesta: “No, una amiga”. La mujer me mira. “¿No es muy joven para ser tu amiga?”. Ana está empeñada en adelantarla y cada vez lleva un paso más rápido. “No hay edad para la amistad”. Cuando llegamos al hall, Ana me mira, me sonrío y me insiste en que su vida no es tan interesante como la de otros, pero que espera haberme ayudado lo suficiente para escribir algo.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

¿La vida? Hay que vivirla, por muy mal que te salgan las cosas. No se puede ser pesimista. Tengo una amiga que es pesimista a más no poder y ya le digo yo, así nunca va a conseguir nada. Si quieres hacer una cosa, hazla. Si ni siquiera lo intentas, cómo vas a lograrlo (...) yo siempre lo intento, por muy difícil que sea. Hasta que algo no pasa no sé si seré capaz o no. Si puedo me alegraré por haberlo intentado. Si no, pues a por otra cosa (...) pon de tu parte y Dios te ayudará. Total, si algo tiene que pasar, va a pasar, eso seguro, y no puedes andar con miedo. Que las cosas no duren para siempre (...) mi madre ha sido de las de “ay, no hagas esto que te vas a hacer daño”, siempre muy protectora, pero no me escondió como se hacía con la gente como yo. Le solían decir “cómo tienes valor de sacarla así”. Pero quien te quiere te ayudará y con ese apoyo no se puede temer a nada. (...) ¿la vida? Al final es lo que toca. Momentos buenos y momentos malos. Pero siempre con la fuerza para intentar vivirlos todos, para no perderte nada (...) yo quiero decirle a todo el mundo que no se puede ser negativo, que a veces se pasa mal, pero siempre se sale adelante. Que si a mí, con muletas desde que era niña, no se me ha puesto nada por delante, imagínate a todos los demás. No soy un ejemplo, mi vida es bastante aburrida, sólo soy alguien con experiencia y ganas de seguir intentándolo.